

madre, el padre— o casi familiar —las páginas sobre Juan Benet me parecen también espléndidas, con aciertos rotundos, como las que dedica a algunas de sus amistades.

Se le han reprochado defectos de escritura, e incluso un estilo atropellado. Yo creo que Marías ha querido romper la neutralidad de su voz narrativa con un grado de descuido espontaneísta, o con un intento de prosa liberada de la sintaxis narrativa, dictada por la efusión testimonial y autobiográfica, más torrencial y menos ceñida a deberes de narrador y novelista. Por eso no comparo demasiado esa crítica, aunque de lugar a rarezas sintácticas y a algún atolladero para el lector, pero definen una forma de la literatura autobiográfica, una forma de escritura con alguna voluntad de liberación retórica y confesional.

Lo que resulta inconcebible en escritor adulto e inteligente, es la diatriba que en tantas páginas organiza contra su editor barcelonés, Jorge Herralde, a quien no nombra, o las formas patéticas de la protesta que emplea contra los productores

de la película que nació de *Todas las almas*, a quienes sí nombra, Elías y Gracia Querejeta. El modelo, por supuesto, está en Juan Benet, que dijo todo lo que le pareció (malo) de la editorial Destino a propósito de su primera novela *Volverás a Región*, y muchas veces con razón. Y seguro que muchas razones asisten a Marías en este encadenamiento de agravios. Lo que no se entiende nada bien es que no comparezca ni una sola razón positiva en los enemigos Herralde y Querejeta. Y la disculpa de lo confesional no da para justificar la parcialidad ciega, obcecada y literariamente infantil: entiéndase bien, infantil por falta de equilibrio, por instintiva, por desbocada; el lector asiste a la monumental zapatiesta de un escritor agraviado por un editor literario y un productor cinematográfico. Uno acaba pensando que la escritura misma del libro le hace perder la razón, sin haber ganado un crédito literario mayor al que tenía y tiene.

Jordi Gracia

América en los libros

En el ejército del faraón, *Tobías Wolff*, trad. de Marcelo Cohen, Alfaguara, Madrid, 1997, 255 pp.

Esta novela del estadounidense Tobías Wolff (Alabama, 1945) continúa el ciclo autobiográfico iniciado con la exitosa *Vida de este chico* (Alfaguara, Madrid, 1991), objeto de una versión cinematográfica de cuidada factura. Por su tema, la guerra de Vietnam, *En el ejército del faraón* toma la dirección de una búsqueda histórica cuyo orden y códigos se han ido estableciendo desde fines de los sesenta, merced a una entrega masiva de obras de muy diverso tono ideológico, por lo común decepcionante desde una perspectiva artística, aunque rica en contenidos para psicólogos sociales y tratadistas políticos. Se podría decir que, en los casos más benignos, los autores intentan fijar por escrito anécdotas terapéuticas para su tribu, persuadiendo al lector de lo justificados que estuvieron sus padecimientos en el frente o, por el contrario, recalcando sus convicciones pacifistas. Cabe decir que lo que atestiguan, a través de sus relatos, novelistas como Tim O'Brien y Robert Olen Butler, es lo mismo que parecen repetir los veteranos de guerra en sus centros de reunión, es decir, justificaciones, autoengaños

y, muchas veces, imposturas. Pero, entiéndase bien, el problema surge cuando, en ese trayecto entre lo experimentado y lo contado afloran los delirios persecutorios y la desviación racista, desarreglos presentes en más de una obra escrita y, por supuesto, en muchas producciones hollywoodenses sobre Vietnam. Al contrario de esas perspectivas, el libro que aquí reseñamos obedece a una motivación distinta, que nada tiene que ver con el remordimiento y menos aún con el atavismo guerrero. Tobías Wolff aborda la construcción del yo autobiográfico eludiendo el documento histórico, acentuando aquellos detalles que mejor definen esa máscara de sí mismo: los riesgos que salen a su encuentro, los puntos de transición que lo sitúan entre el desconcierto y lo previsible, lo errático de un comportamiento que, no obstante, tiende al orden, como si el destino quisiera para él la regularidad. En cierto sentido, Wolff, fruto de una familia desequilibrada por todos sus costados, parece asumir en ese enfrentamiento con el caos de la guerra la pretendida hombría del novelista aventurero (¿a imagen de su admirado Hemingway?), una meta subjetiva que justifica la meticolosa selección de episodios, tendente a resaltar las pruebas que

afronta. Sobre estos supuestos, el recurso a la memoria, en el caso de Wolff, elude bastantes de los tópicos que han hecho de esa guerra perdida un modelo consensual, escapando por ello de una escenografía sin compromisos de verosimilitud, donde no suelen faltar el *napalm* y los aldeanos sufrientes, las prostitutas maternas y el Viet Cong en la espesura. No, aquí el narrador tiene un apunte de originalidad evitando los clisés propios de una sociedad restrictiva (el cuerpo militar de Fuerzas Especiales), con su habitual ingrediente de violencia, y opta por retratarse en un entorno de superación donde caben la perplejidad y el humor. Por todo ello, esta novela ágil, amena, viene a sumar una perspectiva singular a la extensa y, demasiadas veces, superflua bibliografía novelesca sobre Vietnam.

Llamadas telefónicas, Roberto Bolaño, Anagrama, Barcelona, 1997, 204 pp.

He aquí un nuevo libro de Roberto Bolaño (Santiago de Chile, 1953), de quien ya conocíamos *La literatura nazi en América* (Seix Barral, Barcelona, 1996) y *Estrella distante* (Anagrama Barcelona, 1996). El narrador chileno, afincado en España desde 1977, compila en este volumen catorce cuentos,

divididos en tres bloques con igual título que el último relato incluido en cada uno de ellos. Una división sólo aparente, pues aunque cada apartado parece detenerse en un tópico (escritores que bordean el fracaso, hombres duros y mujeres enigmáticas), en realidad cabe plantear una lectura temática común: Bolaño nos dibuja mediante sus personajes los muy variados gestos de la marginalidad. Pero las claves de su propósito van más allá, pues recorre, casi siempre con ironía, líneas temáticas ambiciosas, como la urgencia del acercamiento al otro, la inutilidad de ciertas expectativas sociales, la pasión descomedida, el desplome último de cualquier máscara, el fracaso. Con semejantes materiales es posible dar una impresión general de las figuras que habitan estos cuentos; algo hay de juguete roto en casi todas ellas. Bajo su melancolía (sabido es que la aflicción favorece las confesiones), se esconde la confianza de librarse alguna vez de la mala ventura. Subraya la citada recurrencia de temas un personaje destacado, Arturo Belano, en quien se unen el mundo personal de su creador y experiencias tomadas de otras biografías, en algún caso identificables.

Cambian las perspectivas, los puntos de mira y, por tanto, las anécdotas: el joven escritor que aprovecha las enseñanzas de un veterano en el oficio, expatriado,

curtido ya en la rutina de los premios literarios, con una hija fascinadora. El turbio juego de sospechas establecido entre quien anhela el éxito literario y quien, habiéndolo alcanzado, inspira al otro un personaje de su nuevo libro. El peligroso romance moscovita de un buscavidas a sueldo del hampón para quien busca amantes. La actriz de películas pornográficas que confiesa sus recuerdos a un detective chileno... Si bien se mira, son todas ellas historias que acaban asemejándose a esa «canción de borracho que habla de la muerte y del amor, las dos únicas cosas verdaderas de la vida».

En otro orden, el ejercicio literario de Bolaño acarrea lo auténtico y lo ficticio, proyectando una memoria distorsionante y fabuladora, que no renuncia a la ternura. Las de *Llamadas telefónicas* son, en gran medida, figuras periféricas, de probable ubicación en la cultura masiva (el cine de géneros, la novela detectivesca), si bien su elaborado carácter las distancia del esquematismo y pone de manifiesto conflictos e interrogantes que, atenuados por finales ingeniosamente abiertos, nunca terminan de resolverse. Es así como el autor logra, en lo fragmentario del relato, una densidad de contenidos que ensancha sus márgenes. Por lo demás, estos cuentos, algunos con material novelesco en estado seminal, prueban el dominio de su autor en el acto de contar.

Cita en Marruecos, Rodolfo Rabanal, *Compañía Editora Espasa Calpe Argentina/Seix Barral, Buenos Aires, 1996, 238 pp.*

Conviene decir por anticipado que Rodolfo Rabanal (Buenos Aires, 1940) es autor de una obra narrativa sobresaliente, escrita con inteligencia y habilidad, según lo revelan, entre otros títulos, *El apartado* (1974), *Un día perfecto* (1978) y *En otra parte* (1982).

En *Cita en Marruecos*, su última entrega, el personaje central se sitúa en los márgenes de un territorio que le es ajeno, dominado por fuerzas que esclavizan su memoria y sus sentimientos. El pueblo pampeano de San Antonio de las Heras es el escenario donde vive su destierro, habitante de un caserón, herencia paterna. Se sabe que una casa es control del espacio, introducción de lo previsible a la sombra de sus paredes, estabilidad para quien dentro de ella busca amparo, sea éste permanente o circunstancial. Toda casa es, además, una entidad de memoria que, a su modo, viola el orden inerte de los objetos y registra en ellos el paso del tiempo, avivando fantasmas allí donde sólo debiera hallarse lo inanimado, sin otro deterioro que la erosión. En este caso el protagonista de la novela pretende hallar una senda de regeneración familiar (origen, ascendencia), pues la casona heredada custodia también la